



gloria, acumulación y despojo: espeleologías (del ciudadano K)

Arte popular, sincretismo religioso, chamanismo, el mestizaje cultural, kitsch, gore, son algunas categorías desde las cuales aproximarse al trabajo de K. Cargado de una voluntad animista y de una ritualidad inclasificable, une y reúne objetos de diversa procedencia, elementos y simbologías hasta contradictorias, en una suerte de extrema parafernalia y denso carnaval orgiástico.

Un mundo de cuerpos en estado de mutación e interacción con muertos, calaveras y arte popular... acumulación horror vacui y simultáneamente, un panteón de resistencia y de lucha por la sobrevivencia. Una fuerza que sintoniza con una experiencia específica de migración e ilegalidad: lo que no mata, fortalece. Se devora la cultura receptora, pero se devuelve otra cosa: una interpretación oracular, no lineal, que se estructura en base a valores y estrategias culturales de los lugares de origen (y también de paso como de peregrinación).

La historia es el contenedor de donde se nutre esta instalación: batería de energías y experiencias que se resiste a cualquier categoría, pero sintoniza con el altar religioso, la mesa del shaman, la ofrenda, la prenda de la santería afrocubana. Un refugio para la magia y las mitologías reconfiguradas, que desde narrativas de exceso, nos devuelven una lectura de nuestro presente hipertecnológico y pagano, pleno de tribus urbanas alejadas de la ilusión del orden apolíneo. Aquí la orgía dionisiaca canta en su delirio el previsible futuro ya descrito por la ciencia ficción cyberpunk: una vuelta desesperada a la sensibilidad animal de una humanidad agobiada por el mito del progreso y el orden.

Esta mirada fronteriza, sintetiza tradiciones de arte "no occidental" en un híbrido no domesticable, fluido e inasible, pero filudo. estos ensamblajes escultóricos configuran tótems pero también escenas de guerra, mutilación y gloria. Nos interpelan porque desnudan la lógica profunda del capitalismo post-industrial en el que estamos involucrados como piezas mecánicas de una máquina incalculable, y su principio de dominación de la materia (aquí, la especie humana incluida). Luego, las pesadillas de Hieronimus Bosch (actualizadas en una versión shamánica de orgía post-apocalíptica nuclear) parecen ser el panorama eternizado por la media: la sistemática destrucción acelerada del paraíso (hiperpoblación, pobreza extrema, desertificación, epidemias, calentamiento global, polución, etc.) como la gran tarea histórica (e histórica) de la especie humana.

K es sólo un instrumento de energías que lo utilizan para plasmar un mensaje críptico, de apariencia arcaica pero consciente de las dimensiones socioculturales del presente siglo XXI. Su propuesta invade todos los espacios que fagocita, proponiendo una mutación incurable, así de implacable y monstruosa como nuestra vanalidad cómplice de un status quo del que nos sabemos víctimas, pero del que no hay salida posible.

Berlín es la ciudad de refugio, pero también la fuente desde su condición de ciudad dividida, la que otorga los materiales con los que se ha trabajado esta obra: integrando tanto materiales desechados luego de la reunificación alemana cuando los habitantes de Mitte en



el lado Este, abandonaban sus departamentos dejando sus objetos tirados, como despojos de una época de la que no querían saber nada más. El socialismo real ya caído solo lleno las calles de cosas que nadie quería: símbolos de una sociedad derrotada. La experiencia de las casas ocupadas, el reciclaje de objetos encontrados: tesoros robados o botines de las guerras mundiales. Todo convertido en basura frente al consumismo actual y su publicidad de actualidad. Aquí la mirada arqueológica, pero también la actitud del coleccionista que indaga en esos retazos, detalles de una cultura Europea en transformación. Es su condición de migrante, la que permite asociaciones y combinaciones no convencionales, en las que se plantea una relectura crítica de esos valores culturales que occidente trató de imponer en las épocas del colonialismo. Ahora la globalización tiene nuevas estrategias, incorporando desde el multiculturalismo una supuesta mirada de respeto y diálogo. K talla y ensambla, dibuja y pinta, corta y reproduce: instala y ocupa espacios, como continuando un texto multiforme que relea bajo formas heredadas del arte africano y “primitivo” una contemporaneidad muy poliédrica, que pocos vislumbran en complejidad y perspectiva.

El sociólogo Max Weber en un análisis sobre la racionalidad, analiza el caso de la razón orientada a valores, aquí la categoría caracteriza al profeta como ejemplo para esta tipología: el hombre que vive para dar su verdad y que por ello es un hombre fronterizo: no es aceptado porque cuestiona el orden establecido, pero por lo mismo es apreciado: plantea una alternativa, busca una conexión ética.

En el momento actual se perfilan dos modelos fuertemente contrarios: Por un lado un modelo predominante de artista contemporáneo que en este el siglo XXI parece conducirse hacia la absoluta autonomía del arte sin necesaria referencialidad o vínculo a nada, rozando casi con el entertainment sofisticado de elite. Por el otro frente, artistas que amplían su territorio y se involucran con la realidad planteando modelos y propuestas ante situaciones de necesidad concretas, por supuesto no exentas de una pragmática estética, tratando de plantear participación ciudadana y modelos alternativos ya de producción o nuevos modelos de vida.

Pero ya casi no hay profetas, de esos que desde el borde pueden dar una visión panorámica con perspectiva de cómo estamos y qué es lo que se viene. No, de esos ya no hay porque ello exige un ejercicio monástico de aislamiento. Un lujo en la ajetreada vida urbana actual. Lo que sí existen, son modelos ideológicos masivos regentados por los media.

Carlos León-Xjimenez

Berlín 2006